

el limitado espacio de que en este libro disponemos, y hay que advertir que la vida del Ejército es la vida de México; la reseña de esa institución es una reseña nacional, dado que nuestro país ha sido esencialmente militar, hasta hace pocos lustros, en que, conquistada la paz, entró en una nueva era.

Si abrimos los ojos atentos á la Historia, miramos las venerandas sombras del pasado alzarse melancólicas, solemnes, y hablarnos de los tiempos que no son; las oímos decirnos qué moléculas integraron el ser que hoy nos alienta; qué rayos de luz, al pensamiento que nuestros espíritus enciende; qué sangre, empapando nuestros campos, marcó la vía en que caminamos; qué sacrificios nuestros mayores consumaron; qué angustias sufrieron, y á qué heroicidades elevándose, una patria con gloria nos legaron.

Antes de la conquista de México, y su consumación.—El guerrero salvaje, la tribu, en la lejanía de los tiempos se nos presenta sobre nuestro suelo de esmeralda y bajo nuestro cielo de zafiro; cúbrese bajo la arboleda sombría, se eleva á la montaña enhiesta, y lucha furiosa por la presa.

Los aztecas, procedentes del Noroeste del territorio americano, tras peregrinación de siglos, obedeciendo al vaticinio de sus augures, en 1312 toman asiento entre enemigas tribus, en el valle que denominaron de México, por su guerrero dios *Meshilli* ó *Huitziliposhlli*; y armando el arco y enristrando el chuzo, lanzan su aterrador alarido de combate.

Se suceden activas y desoladoras campañas, y los penachos de llamas de los pueblos incendiados marcan el paso de la falange azteca, á la cual se dió el nombre de meshica, por el territorio que ocupara. Más de un siglo pasó, y los aztecas habían formado un poderoso imperio, al cual llamaron *Anáhuac*.

La ciudad de México, formada sobre un lago, y al lado del bosque grandioso de Chapultepec, con el dosel purísimo de su cielo transparente, fué la metrópoli á donde concurrían de todas partes los príncipes y reyes tributarios.

La conquista ensanchaba el Anáhuac, y al comenzar el siglo XVI se extendía desde el reino de Michoacán hasta la frontera de Guatemala, y del Golfo, en el mar Atlántico, hasta las costas del Pacifico, en el Sur, teniendo en el interior algunos lunares, como el independiente reino de Tlaxcala, que se había conservado en virtud de un pacto impolítico, impuesto por los mismos meshica, en perjuicio suyo. Habíase consentido por los señores del Anáhuac la subsistencia de Tlaxcala, para efectuar con los tlaxcaltecas la periódica guerra sagrada, en que se hicieran los prisioneros que debían, de tiempo en tiempo, sacrificarse en aras del dios de los combates, al que los aztecas rendían adoración. Así, por virtud de ese pacto, respetaron las fronteras de aquel reino tlaxcalteca, y así enseñaron á combatir á sus guerreros.

Los principales honores, las franquicias, eran en ese pueblo belicoso para sus bravos soldados, que formaban una casta superior á la de los sacerdotes. Para ellos las glorias en las luchas, y las comodidades y distinciones en la paz. Por lo demás, fué la guerra el estado social entre los aztecas ó meshicas; pues que no ocupando permanentemente los países conquistados, é imponiéndoles tributos después de vencidos, los dejaban en condiciones de rebelarse, y esas rebeliones se sucedían.

Desde la niñez se preparaba en la familia á los varones para las fatigas del combate; y al cumplir cierta edad, se entregaban, ya jóvenes, al Estado, para que hicieran su aprendizaje militar, y concurrieran á prestar ciertos auxilios en la campaña.

Hablaremos de la organización de las tropas, las que, en tiempo de paz, se ejercitaban en alardes y simulacros. Las jerarquías se mantenían rigurosamente; tres grados subalternos ascendían sobre el soldado, y ellos se alcanzaban según el número de prisioneros que al enemigo cada quien hacía. Sobre estos subalternos, se elevaban los guerreros de casta; su primer escalón era el de caballero *otómiltl*, jefe de *catpulli* ó escuadrón, compuesto de 200 á 400 guerreros, cuyas fracciones ó escuadras eran mandadas por dos subalternos cada cual. Dicho caballero usaba un alto plumero que servía de bandera á sus soldados; y ascendían sucesivamente sobre él, los caballeros tigres ó leones y los águilas. Mandaban los primeros, grupos de cuatro ó seis escuadrones, que semejaban nuestras brigadas actuales; y los últimos, tres ó cuatro de esos grupos, pareciendo tal conjunto á nuestras divisiones. El distintivo de tales altos

jefes, era el tocado, que consistía en la cabeza disecada del animal que les diera su nombre, y en los mantos de pieles ó plumas de los mismos; á guisa de morrión tales cabezas, y á guisa de armadura aquellos cortos mantos. Se adornaban además con grebas, con collares y pulseras.

Entre los caballeros aquellos, se escogían los del Consejo del Rey, que decidían sobre las cuestiones internacionales, buscando la aprobación del monarca, que los presidía como jefe supremo de las tropas. Llegaba á darse el nombre de caballeros del sol á esos consejeros áulicos.

Los escuadrones de veteranos formaban la infantería pesada, armada de lanza, maza ó macana, con *chimalli* (escudo); y los jóvenes, la infantería ligera, que llevaba arco y flecha, dardo ú honda. Estos no podían usar chimalli, y los jóvenes auxiliarios en aprendizaje, les ayudaban con sus escudos á defenderse. La madera, la obsidiana y el cobre eran los materiales para la construcción de las armas ofensivas, y el cuero crudo para los escudos. Más ó menos adornadas eran las armas, según la categoría de los guerreros, y la lanza era arma de distinción. Algunas moharras, las de los príncipes, llegaban á fabricarse de oro. Para la defensa usaban, en lo general, el sayo de entrepaños de algodón, con cueros de fieras encima, y cascos ó morriónes más ó menos ornados con plumas de colores.

El rey, asistido por tres caballeros-águila, mandaba las grandes divisiones de que se componía la hueste toda, y á las fuerzas de los aliados.

Había almacenes de armas que se fabricaban por los meshica y se recogían de los tributarios; había empleados diversos para la administración militar, y era muy cuidado lo referente á municiones de boca.

Careciéndose de bestias de carga, se hacía uso, para llevar víveres, de los hombres que no estaban en condiciones de poder servir en el ejército, y éstos eran conducidos ordenadamente. Por lo que toca á los soldados, al emprender expediciones llevaban generalmente bastimento para dos días, y después se les surtía ya del que era á cargo del Cuerpo de Administración, ya del que se encontraba en los lugares por donde las fuerzas pasaban.

Además del valor que se atribuye á los meshica, los alentaba el fanatismo. Creían cumplir con el más hermoso deber al morir en la guerra por su dios, y al salir á campaña oraban y se ofrecían en sacrificio. Cuando la guerra cesaba, la mayor parte de las fuerzas se retiraba del servicio activo, quedando sólo destacamentos para la seguridad de ciertos puestos, y de los depósitos de armamento.



Guerrero meshica

Los meshica tenían por sistema fortificar las plazas, y con especialidad un lugar dominante sobre ellas, á guisa de ciudadela, á cuyo lugar se daba una forma piramidal, con gradería en derredor. Se ejecutaban obras de fortificación permanente, diversas, ya rodeando de foso y muro el lugar, ya valiéndose de esos medios, y de fuertes como los antes descritos, para asegurar un campo ó una montaña que se hallase en sitio estratégico.

En cuanto á la marcha de las tropas, la hacían en orden regular, llevando vanguardia y guardafancos, y atrás de lo que hoy llamamos impedimenta, una fuerza que cubriese la retaguardia. Al rendir jornada, se buscaban puntos dominantes para establecer los campamentos, y se hacía el servicio de seguridad de los mismos. Cuando se creía necesario, con palizadas, piedra y alguna zanja se cercaban los campamentos militares.

En marcha para la guerra, se hacía uso del espionaje y la exploración sobre el enemigo. Para principiar el combate, la táctica más general era avanzar una especie de guerrillas de honderos al frente, en grupos de cinco ó seis, espaciados con un intervalo de más ó menos extensión, según la solidez que se quisiera dar á esa primera línea; á retaguardia de ella, y en disposición de avanzar para interpolarse con los honderos, ó para tomar los flancos, iban otros grupos semejantes de flecheros, y luego en columnas paralelas marchaban las grandes divisiones de que el ejército se componía. Al fin se colocaba la reserva, de los escuadrones de los escogidos, con otros de los soldados jóvenes. Así las fuerzas, con señales dadas con los caracoles ó con el *teponashlli* (tambor), ejecutaban ciertos movimientos, ya á vanguardia, ya á los flancos ó retaguardia. En la batalla campal, sabían tomar, sin desorganizarse, los costados y espalda del enemigo, y usaban de la emboscada cuando la creían propicia, á cuyo efecto solían emplear falsas retiradas. Practicaban sorpresas, haciendo expediciones rápidas en el peso de la noche.

Cuando se trataba de atacar puntos fortificados, establecían cercos para preparar el asalto, ó desde luego se lanzaban á él, si ofrecía probabilidades de éxito. El paso de los ríos no vadeables lo ejecutaban en balsas, y aun solían hacer puentes provisionales con cuerdas, carrizo y maderos. Los muros de las ciudades los destruían con instrumentos comunes para abrir brechas, y las alturas las escalaban con los medios que improvisaban según las necesidades que de antemano se prevenían.

La justicia militar hacía sentir su severidad, y siempre respetaba las jerarquías, por lo que toca á que sólo el superior podía juzgar al inferior.

Sin embargo de todos esos medios de disciplina, de organización y de táctica, y sobre todo, del legendario valor de los meshica, no llegaron á formar una gran nación; y es que no mezclaban la raza con los subyugados, no procuraban la comunidad de intereses entre vencidos y vencedores; sino que al contrario, aniquilando á los pueblos que dominaban, con tributos exorbitantes, ahondaban más la separación y creaban gérmenes de odio, que más tarde ó más temprano, en el primer momento propicio, daban sus amargos frutos.

Sea como fuere, Anáhuac, en reducida proporción, fué un reino á semejanza del imperio romano, guerrero, altivo, dominador. Y origen aunque remoto de nuestro Ejército, fueron aquellas huestes meshicas, que, uniéndose con sus aliados, llegaron, al ir finalizando el siglo xv, á tener un efectivo de 24.000 hombres de armas, que formaban un cuerpo expedicionario.

Magnífico espectáculo sería ver á las primeras doradas luces del sol, sobre otero de esmeralda, á aquellas huestes pintorescas, avanzando sus columnas paralelas en formación. A la cabeza los grandes jefes águilas, cubiertos de trajes ornados de oro y vistosa plumería; los caudillos tigres y los leones, con sus cascos fantásticos y sus lucientes pieles; cada escuadrón con su jefe al frente; pintadas de rojo las caras de los soldados; brillando las armas de obsidiana y de oro; en los escudos, los espejos deslumbradores de pírta, y arriba, como una onda flameante; los penachos de plumas de colores; atrás, las cargas, y en último término la retaguardia de guerreros escogidos. ¡Fantástico, pintoresco alarde, en que juegan la vida y la luz en el cuadro lleno de matices, al que sirve de dosel un cielo esplendoroso!

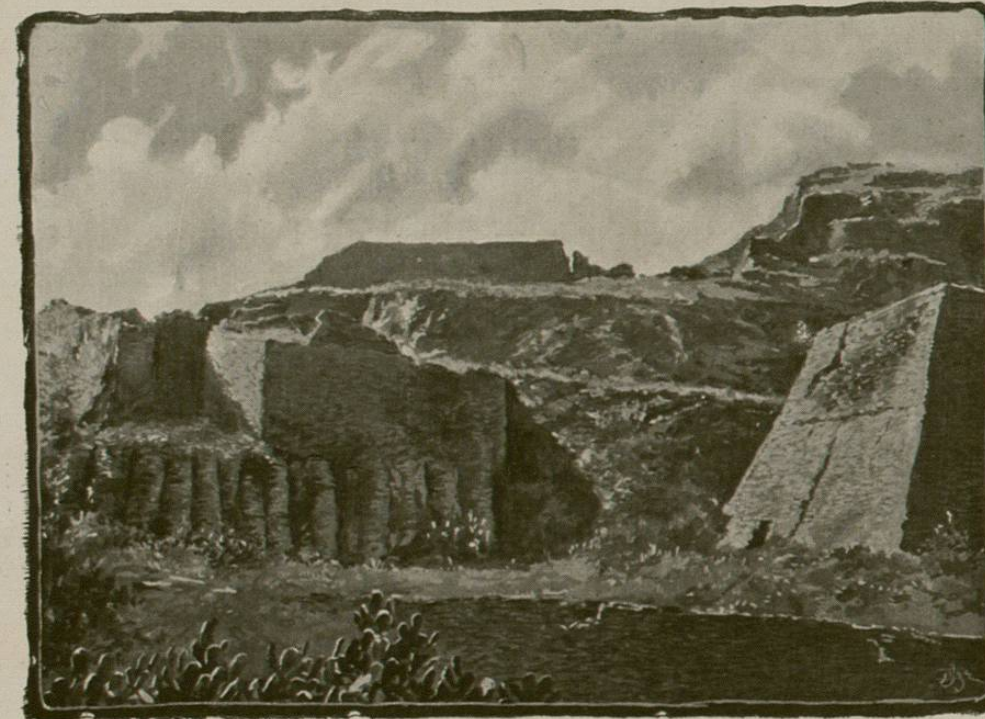
Otro elemento debía mezclarse al aborigen, para producir una raza nueva. Descubierta por Colón la América en 1492; habiendo venido después las expediciones militares á las islas del Archipiélago de las Antillas, hasta 1519 es cuando en México se tienen vagas noticias del acontecimiento.

Estaba vaticinado por boca del mismo dios de los meshicas, según el decir de sus sacerdotes, que hombres venidos de Oriente destruirían el reino meshica y cuantos á su alrededor se encontrasen; y el fanatismo, cada día más arraigado, contribuía á que el pronóstico hiciera caer en el más completo desaliento á los pueblos, ante lo inevitable de su ruina próxima.

Procedente de Cuba la primera armada española, la de Hernán Cortés, al principiar el año de 1519, llega á nuestras costas pintorescas, pobladas de tribus diversas por los meshicas vencidas, pero nunca con los meshicas aliadas; tributarias de ellos, sí, pero guardando contra el dominador azteca su natural encono. Aquella primera expedición se componía de once navios, con rodeleros de espada, ballesteros, escopeteros, soldados de caballería y catorce cañones: en conjunto, 673 españoles, bien pertrechados los infantes, con armaduras y cascos de luciente hierro los jinetes sobre el volador caballo, nunca antes visto en la tierra americana.

Parcialmente Cortés, venciendo á unos, haciendo sus auxiliares á otros, se interna valerosamente, sin temor de que aquella tierra desconocida, aquella inmensidad de infinitos horizontes, devorase su temeraria legión de bravos aventureros; y advierte el gran núcleo de resistencia en el imperio mexicano, que Motecuhzoma II, un fanático rey, amedrentado por los augurios fatales, regía entonces.

Aliados al capitán español los tlascalteca, aumentan su fuerza con 8.000 guerreros; y así, entre amistoso y hostil, llega hasta México, y pide cuarteles al emperador de Anáhuac, que se los concede. Una serie de peripecias que sería largo referir, se sucede; más españoles arriban á nuestras costas, y de enemigos de Cortés que ellos se mostraron en un principio, acaban por aumentar sus filas; éste, astuto y atrevido, aprisiona á Motecuhzoma, por medio de un golpe de mano, y el monarca azteca se presta después á sus designios de dominación, expresando á sus súbditos que voluntariamente se halla con su familia y servidumbre en los cuarteles de los invasores.



Muros escalonados de la Quemada

Habiendo Cortés estado ausente de la capital de Anáhuac, su teniente, D. Pedro de Alvarado, ejecutó actos tales, que los meshica se le rebelaron, no obstante la mediación de su real prisionero, á quien no obedecieron más. Sitiados los españoles y aliados, en los cuarteles que tenían, y combatidos sin cesar, llega en su auxilio el ausente capitán Cortés, y se le deja libre la entrada por los indios. La verifica trayendo más tropas; se le ve por las calzadas formadas sobre aquella especie de isla, en donde la ciudad imperial se levanta, marchando al frente de 1.300 peones, 96 caballos, 80 ballesteros, 80 arcabuceros, 8 cañones y unos 4.000 tlascaltecas. No bien acabó aquella columna de alojarse, cuando ya en son de guerra queda sitiada, juntamente con la demás gente advenediza que en la ciudad de antemano existía. Comienzan y se suceden los ataques, la defensa, las salidas ofensivas, y así pasan cinco días, del 24 al 29 de Junio del año de 1520. Destruídos en parte los muros de los cuarteles que á los invasores abrigaban, con pocos víveres, y visto que sus cañones y arcabuces no intimidaban ya á aquellos bravos aztecas, que se lanzaban á pecho descubierto sobre ellos, pisando los cadáveres de los que les precedían, Cortés intentó en vano hacer valer la autoridad de Motecuhzoma, para que se le permitiera salir de la ciudad. Aquel